

EL EXPRESO DORADO

El interventor Florencio Rodríguez Orden se bajó, con pasos lentos e inseguros, del autobús que le había traído desde Soria. Recogió de las entrañas del vehículo una bolsa de mano y un pequeño baúl, carcomido en algunas partes y cinchado por una correa de gruesa badana, y lo dejó todo en un pequeño montón inestable, coronado por una bolsa de plástico de unos grandes almacenes, en los que había hecho acopio de pastillas, viandas y material de aseo. Miró con cierto interés y una minúscula emoción la plaza porticada de Navaleno. De modo que aquél era el pueblo en el que iba a cumplir su último servicio, pensó. Se levantó el cuello del abrigo y aspiró el aire purísimo, filtrado a través de los miles de pinos que se arremolinaban alrededor de aquella pequeña isla de árboles, una mancha verdosa pintada sobre el paisaje áspero y terrero. No está nada mal —pensó, mientras extraía, con una mano algo huesuda y erizada de venas, un cigarrillo, al que mudó la piel con la destreza que dan los años y unos pulmones albardados de hollín. Lo prendió y lo colocó en la comisura derecha de sus labios finos, bajo el espeso bigote blanco. Comprobó con un tentón de la otra mano que la cartera se hallaba en su sitio y tentó el bolsillo del abrigo para asegurarse de que su carta de destino —que debía de exhibir ante el alcalde de aquel pueblo— lo estaba también. Tenía 63 años y le faltaban dos para el retiro. Hacía algunos meses que,

tras más de un millón de kilómetros, en los que había taladrado miles y miles de cartulinas y conocido estaciones y trenes incontables, su corazón había querido dejar de latir, se había erizado como un gato furioso y había traído a los ojos de Florencio Rodríguez Orden, después de tres semanas en un hospital escuchando atentamente el pitido intermitente y exasperante de un marcapasos desde su lecho solitario, una especie de tristeza resignada, una lágrima cristalina que se insinuaba en las niñas de sus ojos cada vez que pensaba en aquellos días, en este destierro que ahora empezaba, en aquel pueblo rodeado de pinos, blanqueado tres meses al año por una espesa capa de nieve, y en esta muerte a la que se había ido acostumbrando poco a poco, como uno se hace a un invitado indeseado al que se coge cariño día a día, a pesar del fastidioso roce por los rincones de la propia vivienda.

El interventor se acercó la Fonda La Lobita y entró apartando los canutillos que ocultaban la puerta de roble. Dio los buenos días y se encaró a un anciano que guardaba la barra del bar, sembrada de cafés y platillos pegados a la formica algo grasienta.

—Un café solo —recordó su corazón— pero corto, con agua.

El camarero anciano le dio la espalda y murmuró al tiempo que trajinaba con la máquina:

—Forastero ¿eh? ¿Qué nos trae por aquí?

—Soy el nuevo jefe de estación. Vengo a ocupar la

plaza vacante —replicó el empleado de Renfe, con un deje de satisfacción no disimulada.

El anciano se volvió y lo miró de hito en hito.

—Ah, ¿sí? —le dio la espalda de nuevo para coger la taza repleta de líquido y llevarla hasta la barra. Se acodó delante de Florencio Rodríguez Orden— Y ¿va a vivir en la misma estación?

—Claro —sorbió el café con cuidado para no escaldarse. No nos pagan tanto como para andar de alquileres. Además —prosiguió— ya sabe, tenemos que dar paso al tráfico nocturno.

El anciano sonrió.

—¿Tráfico nocturno? Si tiene usted algún tren de día ya se puede dar con un canto en los dientes.

—¡Hombre! Ya imagino yo que esto no es Zaragoza, pero por aquí pasarán varios trenes. Por lo menos —sacó otro cigarro— el de Calatayud, el de Burgos, el de Aranda...

El camarero negó con la cabeza, implacable, al tiempo que hacía un gesto con la palma de la mano.

—Los han suprimido todos. El último hace más de tres años. En realidad por aquí ya no pasa ningún tren. Bueno, a lo mejor alguna locomotora que llevan de un lado para otro o algo así, pero de línea, de viajeros, ninguno. Con decirle que ni factor hay ya. Un día cogió el montante, y si te he visto no me acuerdo. Además, si hay tanto tren ¿a usted

por qué lo han mandado en el coche de línea?

El nuevo jefe de estación se sintió molesto. No creía ni una palabra de lo que estaba diciéndole aquel hombre. Se hizo la ilusión de que el camarero lo veía con envidia porque pensaba que ya no estaba para trabajar, o que tenía ganas de aguarle la fiesta.

—Me extraña un tanto lo que me está diciendo. Mire, en Renfe, el último destino suele ser el más importante, aquel en el que hay más movimiento de tráfico. Y este es, mucho me temo, mi último destino.

El camarero le acercó un cenicero.

—Ya verá usted la estación cómo está. Se le encoge a uno el alma de verla —hizo una pausa. —Me parece que se va a encontrar usted allí muy solo. ¿Trae familia?

—No. Mi mujer, la pobre, me dejó hace dos años, que en gloria esté.

—¿Una enfermedad?

—Un cáncer al hígado —Florencio Rodríguez Orden sintió cómo la lágrima pugnaba por salir, pero se rehizo. —Y los hijos, pues ya se sabe, cada uno por su lado. Ya tienen bastante con sus problemas, con lo achuchada que está la vida. Además, los de Renfe siempre hemos andado fuera de casa, así que...

—Qué son ¡mayores? —el anciano se metió un palillo entre los dientes. Llevaba una boina grisácea, que parecía

sujetarse a su cráneo de forma inverosímil.

—El pequeño va para treinta, no le digo más.

El camarero acercó dos vasos y una botella de Magno y sonrió al nuevo jefe de estación.

—¡Invita la casa!

Florencio Rodríguez Orden se apresuró a rehusar, pero el anciano le paró con un gesto.

—¡Una copa, majo! Que ya a estas edades nuestras se enfrían los pies y se calienta la cabeza, y eso no es ni medio bueno —rió.

—Es el corazón ¿sabe? Ya me ha dado un buen susto —volvió a sentir la lágrima.

—Tres llevo yo. Y el último de aúpa —apuró de un trago el coñac. —Pero ya se sabe, mala hierba...

Rieron.

Florencio Rodríguez Orden recordó su equipaje, que había dejado a la entrada de la fonda. Salió a ver si seguía allí y el anciano le siguió y miró también los bultos.

—Poca cosa trae, y más para un viaje tan largo.

El interventor se volvió interrogador, alertado por el tono entre guasón y misterioso.

—Nada. Bromas mías. —añadió el anciano sonriéndose.

El nuevo jefe de estación quedó algo confuso, pero no dijo nada. El dueño de la fonda llamó entonces por la escalera que parecía subir a las habitaciones.

—¡Lorenzo! ¡Lorenzo! —chilló con fuerza.

Apareció un hombre robusto de treinta y pico de años que se quedó parado en el último peldaño.

—¿Qué pasa, padre? ¿Qué me quiere?

—Anda, hijo, lleva aquí al señor —se volvió hacia el ferroviario como queriendo indicar que todavía no sabía su nombre.

—Florencio, para servirle.

—Al señor Florencio —prosiguió— a la estación, que es el nuevo jefe de Renfe.

El hijo hizo ademán de protestar.

—¡Padre! ¡Que tengo labor! ¡Que me está esperando la cuadrilla para rozar unos cortafuegos en Mojón Pardo!

—Anda, hijo, obedece, que es un momento, ¡que no nos mandan un jefe de estación todos los días!

—Bueno, ya bajo —desapareció por la escalera, fastidiado, tras chascar lengua.

El ferroviario se adelantó, molesto.

—No deberían tomarse el trabajo, por Dios, yo me voy andando y aquí no ha pasado nada.

—¿Andando? ¡Si hay más de tres kilómetros! ¿Con ese baúl auestas? ¡Y luego me le tiene miedo al coñac! —se echó a reír sin ninguna malicia. Florencio Rodríguez Orden rió también. Se acordó de repente de la carta.

—Tendría que ver al alcalde. Me han dicho que él tiene la llave de la estación y que me puede arreglar el domicilio de la nómina, y lo del agua y la luz.

—Pues va a ser difícil. Lo enterramos la semana pasada. —el ferroviario hizo un gesto de contrariedad.

—Pero lo de la llave lo arreglamos en un periquete. Lo otro ya se verá después. Espere aquí —salió. Florencio Rodríguez Orden se sentó en una de las mesas de formica y encendió otro cigarro, después de vacilar un instante, culpable. Bueno, en la estación ya se dejaría de tabaco. Con no comprar aquí, solucionado. Se quedó mirando el bar vacío de parroquianos y le entró una cierta congoja. Sesenta y tres años trabajando para que ahora lo mandaran a una estación sin trenes. Bueno, no tantos, pero cuarenta sí. Vaya lotería. Y— ¿qué carajo iba a hacer allí solo? Si por lo menos ella estuviera con él. Se desabotonó el abrigo y empezó a echar cuentas, otra de las muchas manías que había cogido en el hospital. Allí iba a poder ahorrar bastante, con lo lejos que estaba el pueblo y sin coche ni nada, las tres cuartas partes del sueldo las podía meter en la cartilla tan tranquilamente. Y luego, cuando se jubilara, con los dos millones y pico que tenía y lo que ahorrara allí, vendía el piso de Madrid y se

compraba otro en Zaragoza, y hala, a tirar sin pedir un duro a nadie. Total, con piso propio, más lo que le quedase de jubilación, tenía para un buen pasar. Lo mismo se echaba novia y todo. Se sonrió con malicia, dejando ver una hilera de dientes teñidos de nicotina, a la vez que se le dibujaban dos hoyuelos alrededor de los ojos rasgados y el bigote se ondulaba mostrando unas hebras negras entre los pelos canosos. Expulsó el humo por la nariz en el momento en que bajaba el hijo del fondero.

—¡Qué! ¿Vamos? —se había quitado la ropa de andar por casa y ahora lucía un mono azul oscuro.

—Tiene que venir su padre para traer la llave de la estación, que parece que la guardan en el ayuntamiento.

El hijo se encogió de hombros y se acercó a la barra, en donde se preparó un café, aporreando con brío el mango de la cafetera, para sacarle los posos recolados.

—¿Le sirvo algo? ¿Un cafelito? —vertió la leche y removió el azúcar.

—No gracias —el ferroviario levantó la mano. —Se toman ustedes demasiadas molestias por mí.

—¡Las normales, hombre! Estamos para echamos una mano, ¿no?

Florencio Rodríguez Orden asintió, agradecido. —Y ¿qué tal el bosque? ¿Mucha faena?

—Cada día menos. Ya van quedando pocos pinos.

—¿Sí? Pues yo, asustado me he quedado cuando he visto el pueblo, al coger la curva el coche de línea. ¡Qué cantidad de pinos!

—Tenía que haber visto el pirrar hace veinte años. Ni comparación, abuelo. Había sitios en los que ni te podías meter de espesos que estaban los árboles.

El ferroviario disimuló su sorpresa, pero se sintió molesto. Era la primera vez que alguien le llamaba abuelo. Asintió de nuevo y se quedó callado, mientras hacía tamborilear los dedos huesudos sobre la formica. Quedaron en silencio más de cinco minutos hasta que apareció el dueño de la fonda y anunció:

—Todo resuelto. Ya tengo la llave.

Se levantaron y recogieron el equipaje, mientras el hijo iba a buscar el coche. Volvió al cabo de un minuto, conduciendo un Land-Rover rojo, que aparcó delante de la fonda. Metieron el baúl y la bolsa de mano y el dueño se despidió.

—Me acercaré un día por allí a ver si necesita algo. Hoy no creo, el reuma me tiene bastante fastidiado. Otro día que esté más perenne. Pero ya sabe dónde estamos.

El nuevo jefe de estación estrechó la mano del fondero. —Todavía no sé su nombre —masculló.

—Luis me llamo, pero todo el mundo me dice Lobo —desapareció tras los canutillos.

Montaron en el Land—Rover, que arrancó atravesando algunas calles hasta dejar atrás el pueblo. Bordearon un raso, en el que pastaban algunas vacas, y se sumergieron en un océano de pinos enormes, altos hasta el cielo, de troncos tostados y copas cimbreantes. El vehículo rugió al atravesar un campo en el que pastaban más vacas y llegaron por fin a una bifurcación, metiéndose por un camino estrecho salpicado de charcos y cagajones de rumiante. Tras más de quince minutos de dar botes por aquel camino bordeado de árboles silenciosos, acabaron por detenerse a la vera de un sombrío edificio de piedra. Florencio Rodríguez Orden se apeó del vehículo y ayudó a descargar sus bártulos, que quedaron entre la hierba y la pinocha. El hijo del posadero le estrechó la mano con prisa y le informó:

—Este edificio es la casa. Ya me disculpará usted, pero voy algo mal de tiempo. Si necesita algo, ya sabe dónde quedamos.

Montó en el coche y echó marcha atrás. El motor rugió y Florencio Rodríguez Orden vio cómo el vehículo desaparecía salpicando de agua sucia las ramas de los árboles, renqueando entre las piedras y cantos que jalonaban el camino de tierra. Bordeó la pequeña valla que delimitaba la estación y se adentró por el andén. Su corazón latió con fuerza cuando aspiró el olor, violento de las vías y la grasa seca de los trenes. Se quedó absorto mirando el paisaje. La

estación estaba completamente aislada, en medio del bosque. Se veía que para trazar la vía férrea habían tenido que talar miles de pinos; pero eso debió de ser hace muchos años. Ahora los árboles habían vuelto a recuperar terreno y algunos, los más osados, habían llegado hasta el mismo borde del balasto sobre el que estaban aherrojados los raíles. Tanto que los trenes, al pasar, habían de cercenarles más de una rama. El andén tenía más de cien metros de largo. A este lado se encontraba la estación y, un poco más allá, los urinarios. Al otro lado de la vía se levantaba un apeadero y, cincuenta metros a su izquierda, la terminal de carga. Todos los edificios eran de piedra blanca, con los maderos y las vigas descarnadas pintadas de un verde oscuro que hacía juego con el paisaje arbolado. A lo largo del andén había dos vías. Antes y después tan sólo una. A lo lejos se veía la caseta del guardagujas. Aspiró el aire que venía del norte y sintió ganas de toser, tal era su pureza. Se dirigió luego a la estación y sacó las llaves, quedándose parado delante del silencioso edificio de dos plantas. La primera era la estación propiamente dicha. De derecha a izquierda, recorrió la sala de espera de primera, la de segunda, el despacho del jefe de estación, la cabina de agujas, adosada a la fachada por medio de una casamata de tablas bastas, y la sala de correo y paquetería. En la planta superior estaba su vivienda, a la que se accedía por una escalera lateral, de peldaños de cemento erizado de liquen. Fue a subir, pero decidió ir a por los bultos primero, por lo que retrocedió hasta la valla blanca y levantó

su baúl con esfuerzo. Lo arrastró poco a poco hasta la entrada y volvió a por la bolsa de mano. Después de haber resoplado por la estrecha escalera cargado con el baúl, extrajo el manojito de llaves, tentó varias y, como suele suceder, acertó a la última que, al ser girada, le permitió empujar la puerta, que se abrió tras una inicial resistencia, con un graznido seco y atrancado. Florencio Rodríguez Orden se encontró en un pasillo estrecho que le abocó a una sala de estar. Los batientes de las ventanas estaban abiertos y la luz del atardecer inundaba la estancia. El aire en la vivienda era gélido, pero no tanto como había temido. Había un pequeño sofá de eskay y un par de sillones, una mesa de comedor de caoba y varias sillas, alguna de ellas coja, de enea deshilachada, delante de una televisión vieja, provista de una antena confeccionada con una percha de alambre descordada. Florencio Rodríguez Orden dio un respingo. Sobre la mesa baja que ocupaba el centro del tresillo reposaba una tapa de café, con posos negros y secos y una colilla aplastada sobre el platillo. Por encima del sofá yacían varias revistas, que hojeó nerviosamente. Eran de hacía varios meses. Continuó su inspección saliendo otra vez al pasillo. Abrió la primera puerta y se encontró con un cuarto de baño estrecho, con taza, lavabo y plato de ducha. Sobre el lavabo, una repisa dejaba ver algunos útiles de afeitar, una brocha, maquinillas de afeitar Bic de un solo uso, un frasco de colonia, un cepillo de dientes y un tubo de pasta dentrífica, todo ello en perfecto orden, aunque recubierto de una fina capa de polvo. Entre el

cepillo de dientes, que reposaba dentro de un vaso de plástico verde, y la pared de baldosín se veía una pequeña tela de araña. Florencio Rodríguez Orden empezó a inquietarse: ¿dónde estaba su predecesor? ¿Había desaparecido dejando todo aquello allí? Le pareció muy extraño. Abrió la siguiente puerta y se vio dentro de un dormitorio, también exiguo, en el que apenas cabía la cama y la mesilla de noche. Encima de la cama colgaba un crucifijo de metal. Un armario a los pies, con luna de cuerpo entero, completaba el mobiliario. Abrió el armario y lo que vio le hizo sobresaltarse. Estaba lleno de ropa cuidadosamente ordenada, que llenaba las diversas baldas. Jerseys de lana, gruesas camisas, camisetas, calcetines, ropa interior, una gorra de ferroviario. Cerró de nuevo el armario y se dirigió perplejo hasta la cocina. El fregadero de granito estaba lleno de platos sucios y cubiertos de polvo. Abrió la nevera y la volvió a cerrar, pues habían dejado alimentos y éstos se habían corrompido dentro, por lo que el olor era muy desagradable, casi un hedor. Se dirigió hacia la puerta, bajó las escaleras y se encaminó hacia la dependencia sobre la que un cartel de latón rezaba "Jefe de Estación". Probó con varias llaves hasta que atinó con la buena. La puerta se abrió con un chasquido y algunas telarañas se estiraron, indecisas entre la puerta y la jamba. Allí estaba la mesa del factor, la que iba a ser su mesa y los teléfonos a manivela, con los timbres oxidados, las campanillas herrumbrosas. En una maqueta inocente, aderezada sobre una tabla de viruta prensada, se veía una

línea férrea en miniatura, en la que bombillas minúsculas representaban las distintas estaciones del trazado Soria-Burgos. Sobre la mesa había un par de vasos, con un líquido reseco agarrado al fondo, y un periódico doblado en dos. En una silla de brazos reposaba una chaqueta, con el emblema de Renfe, abandonada a su suerte, emanando un vago olor a sudor y a carbonilla. El ferroviario se sintió de pronto muy cansado y deprimido. ¿Cómo le podían haber mandado a un sitio así? Era increíble. Salió otra vez y recorrió todas las dependencias del piso inferior, una por una. Todo parecía haber sido abandonado de repente, como si el anterior jefe de estación no hubiera tenido tiempo de recoger sus cosas y dejar la casa en condiciones aceptables. Pensó en ir al pueblo y preguntar al fondero, pero lo desechó, pues el día había sido ya lo bastante duro como para recorrer los tres kilómetros andando con semejante frío. Además —miró al cielo— podría ser muy bien que nevara. Estaba muy encapotado y la temperatura había bajado mucho. Tendría que arreglarse por esa noche. Se frotó las manos para entrar en calor y volvió hacia la casa. Estaba oscureciendo y no eran más que las seis. De la bolsa de plástico extrajo sus viandas, que dejó alineadas en la mesa de la sala de estar. Se preparó un vaso de leche caliente y lo sorbió con glotonería. Encendió un pitillo, después de haberlo despellejado y vuelto a liar, lo consumió rápido de varias largas caladas y se puso a la faena. A la hora de la cena había dejado el pequeño apartamento como nuevo, después de vaciar la nevera, hacer la cama y

despejar el armario, metiendo todo lo que encontró en él en su propio baúl. Sacó un bocadillo que traía envuelto en papel de plata y se sirvió una cerveza que había depositado a su llegada en el congelador. Sentado en el sofá cenó, mientras comía en silencio, mirando la muda pantalla de televisión, tras desistir de sintonizar algún canal. Con la yema del dedo iba recogiendo las migas que caían sobre el eskay marrón. Cuando hubo comido el bocadillo y apurado la cerveza, empezó a sentirse algo triste, desmoralizado. Aquella era la hora que más temía de todas. Encendió la lámpara y apagó la bombilla monda que colgaba del techo. Al sacar otro pitillo se acordó de su decisión de dejar de fumar, pero le pareció algo irreal, ridículo. Se levantó y fue a buscar el transistor que habla traído consigo, pero tampoco consiguió captar ninguna estación con nitidez, por lo que después de hacer girar el dial en todas las direcciones, acabó por apagarlo. Decidió bajar al andén y pasear un poco por ver si se animaba.

Cuando se le hubieron hecho los ojos a la oscuridad, empezó a andar por el andén con la colilla entre los labios. Las vías aparecían relucientes, pese a que las ortigas y los tornillos habían crecido entre las traviesas. ¿Pasaría algún tren por aquellas vías? No lo parecía, pensó con fastidio. Bueno, al día siguiente bajaría al pueblo y tratarla de enterarse bien. Acababa de llegar, era normal. Por eso estaba algo nervioso. Tiró la colilla y sintió deseos de llevarse otro cigarro a los labios, pero se contuvo y acabó por meter las manos en los bolsillos del abrigo. Bajó a las vías y se puso a andar de

traviesa en traviesa, vadeando la imaginaria corriente del balasto, y preguntándose si sería capaz de pasar dos años en aquella soledad tan grande, en medio de aquella estación destartalada y abandonada a su suerte por la compañía. Se detuvo al oír el ruido del aire al pasar por entre los árboles y sintió algo húmedo que le caía sobre la cabeza, luego en la cara, sobre su nariz por fin. Lo pintó con los dedos y se lo llevó a los ojos. Era una diminuta estrella de hielo que se deshizo entre sus yemas transformándose en una gota de agua. Empezaba a nevar y sólo era noviembre. El invierno venía adelantado este año. Se abrió paso en su mente el recuerdo de su difunta. Pobre, pensó mientras se entristecía. Tantos años esperando vivir juntos de seguido y quejándose de los viajes, ella que nunca se movía de casa. Trató de recordar su cara, pero la imagen era muy borrosa. Pensó en tantos rostros que recordaba de tan sólo haberles picado el billete una única vez, rostros que no olvidaría nunca y que, periódicamente, aparecían dibujados a la perfección ante sus ojos. Y después de treinta y tantos años con una mujer, apenas conseguía recordar su cara. Trató de consolarse pensando que uno no consigue recordar a veces los rostros de los que quiere, porque ama algo más profundo que su cara. Pero no quedó muy convencido. Los copos eran cada vez más gruesos. Sería cuestión de irse a dormir, aunque no podría conciliar el sueño hasta muy tarde, lo sabía. Porque su gran periplo había tocado fin. No era más que un viajero más, fatigado, que llevaba cuarenta años desplazándose con la

esperanza de poder llegar a ese paisaje soñado. Y tenía la sensación de haber llegado al fin. Pero le oprimía una idea: no estaba seguro de que aquél fuera el paisaje que soñara hacía tantos años, entonces, cuando que la vida parecía una escalada, y no la alarmante y polvorienta pendiente por la que había empezado a rodar. No. No lo imaginaba así. No esperaba encontrar aquello tan abandonado, tan descangayado, tan triste, tan solitario. Se acarició el bigote blanco y echó a andar a pasos lentos hasta la estación.

Ya en el dormitorio se metió entre las sábanas y trató de leer una revista vieja, pero no conseguía concentrarse. Apagó la luz e intentó dormir, tratando de cerrar los ojos y acompañar su respiración. Sobre la almohada empezó a oír su corazón cansado y notó cómo los nervios se le tensaban y el silencio empezaba a crepitar sordamente. Llevaba cinco meses al acecho de su propio corazón, como un cuidador de leones que durante años mira de reojo a las fieras, encerrado en la jaula, mientras limpia los comederos. La bestia dentro del propio pecho. Consiguió conciliar un sueño ligero hasta bien entrada la noche, pero despertó de repente, al oír un fragor lejano. Desconcertado y aturdido, tanteó hasta dar con la pera y encendió la luz de la cabecera, mirando la hora: las dos menos cuarto de la mañana. Pudo oír, ya nítidamente, el pitido lejano de una locomotora. Su corazón volvió a latir con fuerza. ¿Un tren? ¡Un tren por aquella vía muerta! Se empezó a angustiar. Le habían asegurado en el pueblo que ya no pasaban trenes. Permaneció quieto en la cama, con la

mano aferrada a la pera de la luz, y escuchó el fragor, que se hacía inminente por momentos. Cuando estuvo cerca el corazón le dio un vuelco: ¡era una locomotora a vapor! ¡A vapor! Escuchó el fragor intermitente de las bielas y los escapes de vapor, que ahogaban con sus bufidos el bramido mecánico de la locomotora al tomar la prolongada cuesta que llevaba a la estación. Pero no se atrevió a bajar, ni a moverse, sino que permaneció quieto, con la mano levantada, aferrada a la pera de la luz, hasta que la locomotora pasó por delante de la estación, dejando en el aire un olor que él no había vuelto a recordar desde los años cuarenta, cuando era un simple factor. La estación tembló. Se oyó un *clan—clan, clan—clan* acompasado que, tras rebasar el edificio de la estación, se fue alejando entre bufidos infernales. Al rato se escuchó un silbato estridente, ya lejos. Apagó la luz y quedó terriblemente asustado. ¿Estaría chocheando? ¿Sería una pesadilla? No se durmió hasta el amanecer, cuando ya los pájaros se habían congregado sobre la negra pizarra de la estación, levantando su arrullo impenitente y monótono.

Despertó muy tarde. Miró la hora: las dos y veinte de la tarde. Dejó la cama y se acordó del tren. Bajaría al pueblo y trataría de aclarar aquel misterio. Se vistió, desayunó y salió a la estación. Bordeó la valla y echó a andar. Pero al alejarse del edificio y tomar el camino de grava que serpenteaba bajo los pinos, sintió unos deseos terribles de mirar atrás. Se paró, dio la vuelta y observó la silenciosa estación de piedra: ¿y si volvía a pasar el tren en su ausencia? Dudó por un momento, y

siguió inmóvil. No podía ausentarse tanto tiempo. Entre ir y volver, lo que le entretuvieran allí, más algo que se tomara en el café, lo menos cuatro o cinco horas que iba a estar ausente. Además, cuando volviera sería ya de noche. Pero no se engañaba. Algo le retenía en aquella estación casi abandonada. Volvió sobre sus pasos y se detuvo entre los raíles que se alejaban por entre los pinos prietos. Luego contempló el reloj de la estación, parado, con sus saetas colgando lacias, señalando las seis al unísono. Fue hasta la cabina del guardagujas y se metió dentro, sentándose en el banco corrido, entre las palancas oxidadas y los cables de acero lacios. Se quedó pensativo y sacó el paquete de cigarrillos, pero no quedaban ya. Lo tiró a lo lejos, por entre los cristales apedreados. Los recuerdos —aprisionados entre tantos viajes, kilómetros, cartoncillos amarillos con números impresos sobre su áspera superficie, estaciones, viajeros, miles de caras, de rostros que se habían adherido a su pupila durante unos instantes se abrieron por fin paso entre la bruma de la memoria, llenándole de congoja, pero también de un extraño bienestar. Vio cómo se ponía el sol, tras descolgarse lento e incandescente por las ramas de los pinos del cortafuegos, sobre las lomas lejanas. Miró cómo los árboles se balanceaban, como mástiles de naves fondeadas, mecidos por una mano amable y misteriosa. Se fascinó viendo caer las piñas, que rebotaban en el suelo a cámara lenta y volvían a caer hasta que la misma mano misteriosa las obligaba a estar quietas y a unirse a la tierra para siempre.

Contempló cómo una pica-raza revoloteaba y se posaba sobre las telas de los urinarios hasta que alzó el vuelo y se perdió por detrás de los pinos, acompañada de su graznido triple y ronco, que reverberaba ásperamente por las entrañas del bosque. Observó las nubes que se batían en retirada y que volvían a la carga cada vez más fuertes y, al final, sintió como el frío espesaba y minúsculos copos de nieve caían suavemente ante sus ojos y se arremolinaban a impulsos del aire hasta posarse con delicadeza sobre las baldosas grises del suelo del andén. Cuando la oscuridad fue total, salió de la garita y subió a su casa, en donde se acostó. Preparó el despertador para la una y media y concilió un sueño reparador del que lo sacaron los insistentes pitidos del aparato. Se vistió de nuevo, se colocó la gorra de plato y la chaqueta con las bocamangas bien lustrosas y bajó a la estación. Hacía un frío mordiente. Encendió la luz del andén, una sola bombilla que colgaba sobre la puerta de la factoría, y se volvió a sentar en la cabina, tras los rotos cristales. Ahora nevaba con' más fuerza. Se abrochó bien la chaqueta y se frotó las manos. La una menos cuarto. Todavía era pronto. Se adormeció y dejó descansar la cabeza sobre la pared de la estación. Al oír el mismo fragor de la noche anterior, salió de su modorra. Esta vez iba más raudo. Salió de la cabina y se alisó el traje empuñando la banderola roja. Vio, después de que los bufidos se hubiesen hecho casi insoportables, cómo un fanal deslumbrante se abalanzaba hacia él, sobre una alfombra de vapor furioso. La gran locomotora negra pasó

por delante mientras él alargaba la banderola roja enrollada, y soltó al pasar varias nubes de vapor enmohecido, que le ayudaron a entrar en calor. Comprobó lo que ya sabía desde que la escuchara la noche anterior, que se trataba una Babcock & Wilcox Arrastraba tres vagones antiguos, con plataforma a cada extremo y un torno de freno manual al lado de la barandilla por la que se accede al furgón. Alcanzó a ver, entre la nube de humo negro y vapor que le envolvió, que la locomotora iba vacía, lo mismo que el tender y todos los vagones. Cuando las luces de cola desaparecieron detrás de la curva, y el resuello del vapor se fue apagando, volvió a subir y, tranquilo, se acostó de nuevo.

Despertó muy tarde y se levantó con esfuerzo, tras mucho mirar al techo. Estaba realmente cansado. Él, que había sido siempre tan activo, sentía deseos de meterse de nuevo en la cama y no levantarse hasta la noche. Salió, después de un parco desayuno, y decidió bajar hasta el pueblo, aunque ni él mismo creía que sería capaz de hacerlo. Sorteó la valla y echó a andar por el camino de tierra. Al cabo de unos centenares de metros, las piernas le flojearon. Se sentó en un tocón y sintió otra vez con fuerza la lágrima de siempre. Pero esta vez no se resistió. Notó cómo bajaba humedeciendo la mejilla hasta resbalar por el bigote y filtrarse entre los pelos hirsutos de la comisura del labio. Paladeó el regusto salado, mientras hurgaba con un palitroque en los nidos de hormigas que punteaban las faldas del tocón.

Empezaba a nevar otra vez. Era una locura bajar al pueblo en esas condiciones, se dijo, notando un cierto alivio en lo más hondo del pecho. Metió las manos en los bolsillos y volvió otra vez a la estación, a pasos cortos. Era la hora de comer, pero no tenía hambre. Cruzó las vías y fue hasta el apeadero, en donde leyó las pintadas de los viajeros de antaño. Caminó luego sobre un rail hasta que perdió el equilibrio, y se introdujo por fin en la cabina del guardagujas, sentándose en el banco corrido. La tarde transcurrió de nuevo, lenta pero muy rápida, mecida lentamente al son de sus recuerdos. El sol salió por fin de entre las nubes y se puso a continuación tras los árboles. La oscuridad no tardó en envolver la estación solitaria. Empezó a notar el frío, pero no podía moverse de aquel sitio, que le fascinaba. No tenía hambre ni ganas de fumar. Sólo quería pensar. Recordó a sus hijos y se entristeció un poco. A lo mejor vendrían a verle, con los nietos. Quién sabe. Podría ser que mañana se acercara el de la fonda. Lo mismo le traía tabaco o una botella de coñac, que le vendrían bien para estar allí en la cabina. Podría permanecer hasta más tarde sin notar el frío. Aunque quizás una estufa de leña fuera mejor idea. Ya se vería. Pero algo se rebeló en su interior. Todo lo que acababa de pensar le parecía irreal, soñado, un vago barrunto. Se pasó una mano por la cara y la encontró rugosa y lacia. Miró sus zapatos y vio que estaban sucios de barro y nieve. Le estaban algo estrechos y los pies le dolían bastante. La corbata le pareció una prenda ridícula. Salió de la cabina. Estaba muy cansado.

Es natural —se sonrió sin ganas— cualquier persona estaría cansada después de un viaje de un millón de kilómetros. Subió a la casa y se volvió a acostar después de poner el despertador a la una y media. Se durmió plácidamente y despertó al oír los pitidos monótonos del reloj. En el lavabo se afeitó con cuidado, poniéndose luego la chaqueta y apretándose bien el cinturón. Se caló después la gorra de jefe de estación con su banda roja y se miró en el espejo, corrigiendo la inclinación con la mano. Fue hasta el dormitorio, en donde rebuscó en el cajón de la mesilla hasta que encontró el taladrador, que se echó al bolsillo. Cogió también la libreta de mano y la puso en el otro bolsillo de la chaqueta. Al salir, cerró la puerta con la llave y la dejó colgando en la cerradura. Luego encendió la luz del andén y se metió en la cabina, buscando a tientas el mando del semáforo, hasta accionar el interruptor de la luz de detención. Se sentó luego en el banco. A las dos y cinco oyó los bufidos lejanos. En dos minutos más pudo ver la locomotora negra que resoplaba por la cuesta. Tuvo miedo de que no se detuviera. Al fin y al cabo, no llevaba maquinista. Pero confió en que sí. Entre nubes de vapor y silbidos estridentes, chirriaron los frenos y las bielas se inmovilizaron. Todo el convoy rechinó al patinar sobre los raíles, y entendió entonces porqué estaban tan relucientes. El tren aminoró la marcha y se detuvo al fin delante de la estación, en donde quedó expectante, envuelto en acompasados bufidos, dejando escapar un bronco tantán de metales desde sus entrañas de

acero. Corrió hacia el primero de los vagones y, antes de llegar, pudo ver cómo se habría la puerta del coche y la luz del vagón se desparramaba por el andén helado. Florencio Rodríguez Orden quedó paralizado delante de la escalerilla, bañado por la cálida luz del vagón desierto. Tras auparse con esfuerzo por la empinada escalerilla, se acomodó en un asiento del primer compartimiento, desde el que contempló en seguida cómo la estación, a la magra luz de la bombilla, se achicaba a medida que el convoy se adentraba entre los pinares, zambulléndose alegremente en las tinieblas nevadas.